

JOSU FEIJOO | ALPINISTA

“Todo el mundo tiene un Everest particular que escalar”



Alfredo Urdaci

Si usted pasa media hora con este vitoriano se lo lleva a casa. En la soledad de un 8.000, cuando te faltan cien metros para la cumbre, es imprescindible tener cerca a alguien que te diga que puedes. En el mundo hay 325 millones de diabéticos. Pero sólo uno ha estado en la cumbre, o en los extremos del planeta.

Después de saludar a la diabetes, ¿cuál fue su primera cumbre?
El Huayna Potosí, en Bolivia. Es un 6.000. Cuando llegué a la cima estuve llorando diez minutos.

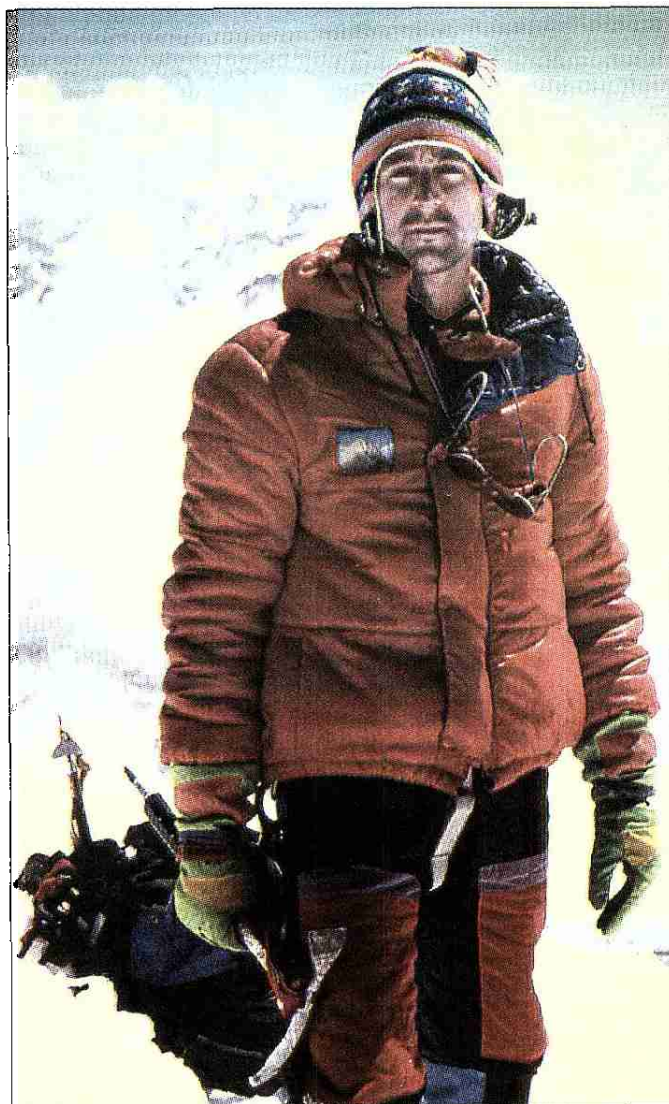
A esa altura las lágrimas se deben de congelar...
Todavía no. Pero en el Polo Norte sí se congelan. Hay un dicho inuit que es eso: el Polo Norte es el lugar del mundo en el que no se puede llorar.

Bueno, cuénteme cómo prepara un diabético la expedición.
En primer lugar con un buen equipo. Yo voy siempre con dos o tres grandes alpinistas que además son muy buenos amigos míos.

Y les entrena por si le da una hipoglucemia.
Es fundamental. Ellos tienen que conocer mi enfermedad. Es que no entiendo cómo se rechaza a los diabéticos para algunas profesiones, se trata de que los demás sepan qué te pasa y lo que tienen que hacer.

Y así fue al Polo Norte...
Me apetecía un cambio de aires. Fuimos sin perros, arrastrando un trineo que pesaba 68 kilos, más que yo. Se sufre mucho. Se sufre de soledad, hipotermias.

¿Cómo es la soledad del Polo?
No oyes nada, la soledad se te



Josu Feijoo fue el primer diabético que subió al Everest. Ahora prepara una expedición al Kilimanjaro y pronto habrá una al Aconcagua.

mete en la mente. El color del cielo y el del hielo se confunden, y puedes apreciar la curvatura del planeta. Pero cuando tu GPS marca 90 grados, cero minutos, cero segundos... Es una emoción inmensa.

¿Y el Everest?

Fue muy duro. El día anterior a la ascensión habían muerto cuatro compañeros. Fue el 18 de mayo de 2006. Al subir nos cruzamos con los cadáveres. Me quedé bloqueado. Y me puse a

rezar. Le recé a Dios. Se me había olvidado el Padrenuestro. Pero me vino. Ya no lo voy a olvidar.

¿Alguna otra vez ha visto la muerte de cerca?

El año 2000. Me caí en una grieta en el Himalaya, a 13 metros de profundidad. Yo gritaba, pero no me oían porque el hielo absorbe el sonido. Sabía que iba a morir a 25 grados bajo cero. A las tres de la madrugada vi caer una cuerda.

EN LA CUMBRE

Nació en mayo del 65, en Vitoria. Recuerda una infancia feliz, incluido el colegio de los Marianistas, y las horas de fútbol y monte. El 28 de diciembre de 1989 la vida le puso la primera zancadilla: en un examen médico rutinario le diagnostican diabetes. Pasó nueve meses hundido en la más profunda depresión. Mil quinientas pruebas médicas le han permitido conocer su cuerpo al detalle e ingresar en la élite del alpinismo. Lo ha subido casi todo. Es el primer diabético que sube al Everest, y el primero que pisa el Polo Norte geográfico y el Polo Sur. Da conferencias a niños diabéticos. ¿Su lema? Nada es imposible.

“Cuando los padres de niños diabéticos conocen mi historia, se llenan de esperanza”

¿Del cielo?

Casi. Un pastor me había visto caer y como no salía se acercó al campamento. Le costó dos horas hacerse entender. Pero me encontraron todavía con vida.

¿Todo esto se lo cuenta a los niños diabéticos?

Claro, y ayuda mucho, porque cuando los padres de esos chicos conocen mi historia les llena de esperanza.

Cada uno tiene su aventura...

Es que todo el mundo tiene un Everest particular que escalar. Yo el mío ya lo he escalado, pero tengo que seguir.

¿Qué es lo que más le cuesta?

Los patrocinadores. Sólo apoyan a los más conocidos. Vas a verles y te ponen más zancadillas. Pero nada es imposible. Hasta que yo lo hice, escalar la cumbre del mundo era imposible para un diabético. Y ya ve.